cluyó pidiendo á Iturbide, le mandase e su socorro á marchas dobles una división.

En 25 de Enero la sección puesta al mando de don Miguel Torres, sufrió un fuerte ataque por una partida de Pedro Asencio, en las inmediaciones de San Pablo, camino de Totomoloya.

En dos meses las fuerzas de Iturbide recibieron *cinco* derrotas.

Preocupado estaba el jefe realista con tanto contratiempo; aquella lección le tenía acobardado, sentía respeto por la causa de la independencia, y comenzaba á comprender que la libertad de un pueblo es tan sagrada que no lo mide ningún respeto humano.

Recorrió las páginas sangrientas de su vida, recordó á Hidalgo en el Monte de las Cruces, y á la multitud entusiasta que seguía sus estandartes prodigando su sangre en el campo de batalla, peleando por su emancipación; se asustó con el mundo negro de sus memorias, pensó que estar en las filas del *extranjero* era un sacrilegio, más... ¡un parricidio!... se arrepintió de la sangre que había derramado con tanta impiedad, creyó ver los espectros de sus hermanos asesinados que le pedían cuenta de su martirio, oir las lamentaciones de los huérfanos y de las viudas desconsoladas, y todo este cuadro alumbrado por las llamas del incendio que consumían las poblaciones, cuyas cenizas arrebataban los huracanes...

Dios llamaba á las puertas de aquel corazón empedernido...

Volvió su rostro hacia los suyos, y encontró hombres sin fe y sin virtudes, lanzados en el suelo de la patria, consumando cuantas escenas guarda la barbarie para castigo de los hombres... Quiso huir de ellos, esconderse de su conciencia, regenerarse en la luz purísima del arrepentimiento, retroceder en la vía del crimen, expíar su existencia pasada con una acción grande, igual á sus faltas, y se decidió á proclamar la independencia de su patria.

Ni era aquel plan combinado en los claustros de la Profesa para encadenar á un pueblo, y remachar las cadenas de tres siglos; sino la emancipación completa de todo poder extraño, la independencia de América con todo el vigor de un pueblo nuevo, un astro más en el firmamento de las nacionalidades.

Tomó la pluma y dirijió sus letras á Guerrero, era el único que podía comprenderlo; hablóle con reserva sobre sus planes, le juró por su honor que estaba pronto á sacrificarse por el bienestar de su patria, y concluyó por invitarlo á que tomase parte en su plan revolucionario.

El modesto suriano, el hombre del patriotismo y del valor, le contestó en una estensa carta, de la cual presentamos algunos párrafos á nuestros lectores.

«Usted y todo hombre sensato, léjos de irritarse con mi rústico discurso, se gloriarán de mi resistencia, y sin faltar á la racionalidad ni á la justicia, no podrán redargüir á la solidez de mis argumentos; supuesto que no tienen otros principios que la salvación de la patria, por quien usted se manifiesta interesado. Si esto inflama á usted, ¿qué puede hacer retardar el pronunciarse por la más justa de las causas? Sepa usted distinguir, y no confunda: defienda sus verdaderos derechos, y esto le labrará la corona más grande: entienda usted que yo no soy el que quiero dictar leyes, ni pretendo ser tirano de mis semejantes: decídase usted por los verdaderos intereses de la nación, y entonces tendrá la satisfacción de verme militar á sus órdenes, y conocerá á un hombre desprendido de la ambición é interés, que solo aspira á sustraerse de la opresión, y no elevarse sobre las ruinas de sus compatriotas.

«Esta es mi decisión, y para ello cuento con una regular fuerza disciplinada y valiente, con la opinión general de los pueblos, que están decididos á sacudir el yugo, ó morir; y con el testimonio de mi propia conciencia.

«Compare usted que nada me sería más degradante, como el confesarme delincuente y admitir el perdón que ofrece el gobierno, contra quien he de ser contrario hasta el último aliento de mi vida; mas no me desdeñaré de ser un subalterno de usted, en los términos que digo, asegurándole que no soy menos generoso, y que con el mayor placer entregaría en sus manos el bastón con que la nación me ha condecorado.

«Soy de sentir que lo expuesto es bastante para que usted conozca mi resolución y la justicia en que me fundo, sin mandar sujeto á discurrir sobre propuestas ningunas; porque nuestra única divisa es *libertad, independencia ó muerte.*»

Ante esa actitud firme y valerosa del caudillo, Iturbide se descubrió la frente, y rindió su homenaje al soldado de la libertad.

«Señor general don Vincente Guerrero.—Estimado amigo.

«No dudo darle á usted este título, porque la *firmeza* y el *valor* son las cualidades primeras que constituyen el carácter del hombre de bien, y me lisonjeo de darle á usted en breve un abrazo que confirme mi expresión.

«Este deseo, que es vehemente, me hace sentir que no haya llegado hasta hoy á mis manos la apreciabilísima de usted del 20 del próximo pasado; y para evitar estas morosidades como necesarias en la gran distancia, y adelantar el bien con la rapidez que debe ser, envío á usted al portador, para que le dé por mí las ideas que sería muy largo de explicar con la pluma; y en este lugar solo aseguraré á usted, que dirigiéndonos usted y yo al *mismo fin*, nos resta únicamente secundar por un plan bien sistemado, los medios que nos deben conducir indudablemente, y por el camino más corto. Cuando hablemos usted y yo, se asegurará de mis verdaderos sentimientos.

«Para facilitar nuestra comunicación me dirijiré á Chilpancingo, donde no dudo que usted se servirá acercarse, y que más haremos sin duda en media hora de conferencia que en muchas cartas.»

Después de diez años de sangre y de combates, los dos caudillos enemigos, se tendían la mano, simbolizando con su alianza la obra más grande que registra la historia contemporánea.

CAPITULO X.

De la proclamación de la Independencia mexicana.

I.

A corta distancia de la ciudad de Iguala existía á principios del siglo, una hacienda pequeña, que ignoramos si ha desaparecido; se llamaba Acatempan.

El general Guerrero y don Agustin Iturbide debían reunirse en ese lugar histórico á conferenciar.

Los oficiales del ejército realista estaban impacientes en espera del caudillo de la insurrección, y don Agustin Iturbide redactaba una nota al gobierno virreinal, pidiendo engrosase su ejército porque los insurrectos tomaban una actitud alarmante.

Avistóse Guerrero seguido del grupo de sus ayudantes, y los realistas batieron marcha, haciéndole los honores de un general.

Diez años de vicisitudes y penalidades tenían cambiada la faz del insurgente, su rostro estaba renegrido al fuego abrasador de la costa, su barba era larga y su cabello parecía una mata sobre aquella frente tan serena ante el peligro.

Iturbide salió á su encuentro tendiéndole los brazos, Guerrero aceptó aquel abrazo como el nuncio feliz de la terminación de una guerra tan desastrosa.

Luego que los caudillos se encontraron solos, Iturbide tomó la palabra iniciando tan grave asunto.

—Tengo el alto honor de encontrarme ante la presencia de un valiente, á quien me complazco en tributar un homenaje de respeto.

Guerrero inclinó su cabeza sin poder contestar aquellas frases de galantería.

—Señor, continuó Iturbide, ha llegado el momento de unirnos, haciendo causa común para libertar á la nación de un yugo de trescientos años.

Guerrero manifestaba extrañeza al escuchar aquel lenguaje en boca de uno de los enemigos más encarnizados de la insurrección.

—He pensado que la Independencia mexicana es una gran necesidad para el país; pero no bajo las bases proclamadas en 1810.

—Yo creo, seños, dijo Guerrero, que Hidalgo fijó precisamente las bases, y que nosotros no podemos separarnos de ellas.

—Aquel desórden hizo más enemigos que amigos á la causa nacional.

—No juzguemos aquella revolución, porque yo soy fanático por los hombres de aquella época.

—Bien, ahora se trata de que nos unamos bajo las bases que acuerde este plan.

—Tengo el sentimiento, señor Iturbide, de negarme por completo; veo en ese plan que México permanece tan esclavo como antes, que los Borbones se arraigan más y más en nuestro suelo y no es esto seguramente por lo que hemos peleado durante once años.

—¿Habrá en México quién pueda ocupar ese puesto?

—Sí, el pueblo, contestó sencillamente Guerrero.

—Borrar este artículo equivaldría á echarnos la enemistad de todos los comprometidos en la revolución.

—Ya hemos luchado contra ellos y reconocido su impotencia para exterminarnos.

—¿Es decir que no hay más que la proclamación del principio radical?

—Todo lo demás sería falsear un movimiento en el cual se encierran las esperanzas todas de la patria.

—No será precisamente un rey de la casa de Borbon, sobran casas reinantes en Europa...

—Señor Iturbide, yo no cejaré un solo punto: el pueblo quiere ser libre y lo será; imponerle amos es exclavizarle entregándole á una conquista más vergonzosa.

—Tenemos que obrar con política.

—Explíquese usted, yo soy hombre rudo y no sé ocultar la verdad, aunque comprendo que á veces perjudica la franqueza.

—El clero y multitud de europeos quieren la independencia, por escaparse del azote de esa Constitución regeneradora que proclama los principios más avanzados de la democracia: nosotros queremos la independencia para romper la cadena que ata á los dos mundos; pues bien aprovechémonos de los elementos, y conseguiremos un fin próximo y un éxito completo.

—Nos reclamarán después nuestros compromisos.

—La idea de la emancipación está tan generalizada en las clases todas de la sociedad, que la venida de los Borbones á México no pasará de una quimera sin consecuencias.

Guerrero movió la cabeza en son de duda.

Iturbide continuó:

—Sería necesaria otra conquista para que la América volviese al dominio europeo, y España no está en aptitud de emprender una nueva expedición como la del siglo XVI... Señor general Guerrero, primero es ser, después veremos la manera con que nos constituimos.

—Yo no comprendo, dijo Guerrero, ese juego de política, pero estoy convencido de que el estado de la revolución va á cambiar que tomaremos en sus propias redes á nuestros enemigos, que tendrán que pasar por la *independencia*.

—Precisamente, entonces cambiaremo la faz de la cuestión, desarraigando ese trono secular, plantado sobre los escombros del reino azteca, y nosotros, señor general, alcanzaremos la gloria de haber hecho independiente á la nación mexicana.

—Sí, contestó el bravo suriano, ese es mi único pensamiento: cuando me he visto en el campo cubierto de heridas y con la muerte delante de los ojos, me ha atormentado la idea de abandonar á mi patria encadenada, y á merced de sus opresores: mi muerte, pensaba yo, servirá tal vez para alentar á mis soldados, y así como yo no he abandonado la obra de Hidalgo, ellos seguirán en la lucha tan valientes y tan sufridos como hasta hoy... sí, yo he sufrido mucho, pero el corazón me avisa que nuestros males van á tener término, si la idea de usted es la de quebrantar los yerros de la exclavitud; aquí está mi vida, mi sangre, la existencia toda de mis patriotas; seré el último soldado del ejército de la libertad, la primera víctima, pero que mi patria sea feliz... yo nunca he ambicionado nada, mi persona vale ménos que la de cualcuiera de esos soldados que me acompañan; no tengo más aspiración, que morir después de un día tan deseado, y que mis huesos reposen en el seno de una tierra libre, y que mi tumba no sea hollada por la planta del conquistador... ¿y para qué quiero más? ¿no es esto suficiente?... yo he consagrado mi juventud, y he sacrificado familia y porvenir por la independencia de México, merezco la recompensa de verla libre é independiente.

Las lágrimas bañaban aquel rostro endurecido en los combates.

Iturbide contemplaba al héroe con admiración.

—Decir á usted los sufrimientos horribles de los insurgentes, el hambre y la miseria que nos ha acosado en las montañas, sería encarecer nuestros débiles esfuerzos; los recuerdo para manifestar el orgullo que sentimos en nuestro sacrificio y lo decididos que nos encontramos á seguir en esta lucha hasta conseguir nuestro objeto... hemos visto subir á los patíbulos á la mayor parte de nuestros amigos, presenciado ecatombes horrorosas, incendiados nuestros hogares, á nuestras esposas en la exclavitud y á nuestros hijos huérfanos y abandonados... ante nada hemos retrocedido; todo nos ha parecido insignificante comparado á la desgracia de la patria... diez años, señor, diez años de lágrimas y de sangre... nuestro corazón se ha empedernido y nuestra alma se ha hecho feroz ante espectáculos tan conmovedores... en medio de esta tormenta hay siempre una luz que nos acompaña, un aliento que sopla sobre nuestra frente, una voz que nos habla al corazón... es que la idea que nos legaron los hombre de 810, vive entre nosotros, es la herencia que recibimos y que legaremos á nuestros hijos.

—Señor general Guerrero, dijo Iturbide, yo me siento criminal en presencia de tanta grandeza... yo he sido un hijo extraviado... mis padres me habían enseñado á respetar al rey como á la imagen de la Divinidad, y luchaba con el aliento del fanatismo; pero este hecho me ha convencido de mis herrores, he vuelto sobre mis pasos en los momentos en que puedo regenerarme, y mi espada que ha combatido tantos años á mis hermanos, herirá á su lado peleando por la libertad de mi patria... yo me haré digno de que los mexicanos mis compatriotas me estrechen la mano, yo sabré ofrecer mi vida en aras de la independencia.

—Bien, gritó Guerrero; y aquellos dos hombres se estrecharon como dos hermanos á quienes reconcilia la generosidad.

—¡Seré el último soldado del ejército libertador!

—No, exclamó Iturbide, á usted le toca de derecho el mando.

—Señor, la nación nos mira en estos momentos y vá á juzgarnos severamente, podría decirse que la ambición me traía á las filas del ejército, y quiero que mi nombre se conserve intacto, además que ese plan proclama, porque así se ha creído conveniente, la venida de los Borbones, y mi firma bajo esos artículos sería una traición á la causa, mis soldados desconfiarían de mí.

—Alcanzo esa razón, dijo Iturbide, me encargo del mando, que renunciaré oportunamente, porque tengo fe en el triunfo de nuestra causa.

—Bien, acepto esa palabra como el nuncio de la paz nacional.

—Marche usted al Sur, cuente usted con todos mis elementos, que hoy mismo marcho para Iguala y mañana doy el grito de libertad.

—¡Independencia ó muerte! gritó Guerrero.

—¡Independencia ó muerte! repitió Iturbide con la voz del corazón.

Los dos caudillos salieron abrazados delante de sus tropas, que los victorearon con un entusiasmo sin límites.

Esa pájina la recuerda nuestra historia bajo el nombre de *El Abrazo de Acatempan.*

II.

El 1° de Marzo de 1821, reunió don Agustin Iturbide en su casa de alojamiento en la ciudad de Iguala, á todos los jefes y oficiales del ejército, á los comandantes de los puntos militares y á otras personas de influencia en aquella provincia.

Iturbide con aquel acento de profunda convicción que da la fe en un principio, manifestó de la manera más clara y terminante, que la independencia de Nueva-España estaba en el orden inalterable de los acontecimientos; que á ello conspiraban la opinión y los deseos de las provincias; habló de los diversos partidos que existían bajo el sistema común de la independencia, indicó los sintomas que anunciaba un próximo rompimiento; y ponderó las terribles consecuencias de este, si para precaverlas no se adoptaban medidas prontas y eficaces que concentrasen la opinión é identificasen los intereses y los votos que se notaban encontrados, y concluyó diciendo:

«Que los deberes que á la vez me imponen la religión que profeso y la sociedad á que pertenezco, estos sagrados deberes sostenidos con su tal cual reputación militar que me han conciliado mis pequeños servicios, en la adhesión al valeroso ejército que tengo el honor de mandar; y para no hacer mención de otros apoyos en el robusto que me franquéa el general Guerrero, decidido á cooperar á mis patrióticas intenciones, me han determinado irremisiblemente á promover el plan á que se vá á dar lectura. Libres para obrar cada uno según su propia conciencia, el que desechare mi plan, contará desde luego con los auxilios necesarios para trasportarse al punto que fuese de su agrado, y el que guste de seguirme, hallará siempre en mí un patriota que no conoce mas interés que el de la causa pública, y un soldado que trabajará constantemente por la gloria de sus compatriotas».

Aquella reunión guardó silencio, el golpe era tan rudo é inesperado que nadie pudo pronunciar una palabra.

Levantóse el capitán de Tres Villas, don José María de la Portilla, y leyó en voz alta el plan che conocen ya nuestros lectores, y que fué redactado en la Profesa.

Luego que se escuchó la palabra mágica de *independencia*, se levantó un clamoreo estruendoso de entusiasmo.

Dios encendía la llama inmortal del sentimiento patrio en aquellos corazones ensañados contra la causa de la libertad.

Iturbide lleno de emoción, dijo á sus soldados que lo aclamaban teniente general del ejército:

—Mi edad madura, mi despreocupación y la naturaleza de la misma causa que defendemos, están en contradición con el espíritu de personal engrandecimiento. Si yo accediese á la indicada pretensión, hija del favor y de la merced que esta respetable junta me dispensa, ¿qué dirían nuestros enemigos? ¿qué dirían nuestros amigos? ¿y qué en fin la posteridad? Léjos de mí cualquiera idea, cualquier sentimiento que no se limite á conservar la religión adorable que profesamos en el bautismo, y á procurar la *independencia* del país en que vivimos. Esta es toda mi ambición, y esta la única recompensa á que me os lícito aspirar.

Insistió la junta en reconocerle por caudillo; entónces Iturbide dijo con voz sonora:

—Señores, esta solicitud me hace ciertamente mucho honor; pero al mismo tiempo es una trasgresión manifiesta del plan que estamos proclamando. Admitiré el título de primer jefe del ejército, sin perjuicio de los oficiales beneméritos que manifestaré á su tiempo, y bajo cuyas órdenes serviré con la más sincera complacencia en clase de soldado.

Había llegado el momento de la abnegación y de la generosidad.

Hé aquí el acta del grandioso acontecimiento de ese día, y que pedimos á la historia para estamparla en las páginas oscuras de este libro.

«En el pueblo de Iguala, á los dos dias del mes de Mayo de 1821, en la casa de alojamiento del señor don Agustin de Iturbide, primer jefe del ejército de las tres garantías se congregaron á las nueve de la mañana los señores jefes de los cuerpos, los comandantes particulares de los puntos militares de esta demarcación del Sur, y los demás señores oficiales, para proceder al juramento prevenido en la acta del día anterior. Habiase preparado en la sala donde se celebró esta concurrencia, un Santo Cristo y un misal: leyó el padre capellan del ejército, presbítero don Fernando Cárdenas, el Evangelio del día y habiéndose acercado á la mesa el señor jefe, puesta la mano izquierda sobre el Santo Evangelio, y la derecha sobre el puño de su espada, hizo el juramento que recibió el referido capellán, en los terminos siguiences:

«¿Juráis á Dios, y prometéis bajo la cruz de vuestra espada observar la santa religión católica, apostólica romana?

«Sí juro.

«¿Juráis hacer la independencia de este imperio, guardando para ello la paz y unión de europeos y americanos?

«Sí juro.

«¿Juráis la obediencia al señor don Fernando VII., *si adopta y jura la Constitución que haya de hacerse por las Córtes de esta América Septentrional?*

« Sí juro.

« Si así lo hiciéreis, el Señor Dios de los ejércitos y de la paz os ayude, y si no, os lo demande.»

En seguida lo señores oficiales otorgaron uno á uno el mismo juramento en manos del señor jefe y del nominado padre capellán.

Acto continuo, presidida la comitiva de la música del regimiento de Celaya, se dirigió á la iglesia parroquial para asistir á la misa y *Te Deum* que en acción de gracias se cantaron solemnemente.

Hicieron las descargas de estilo, una compañía del regimiento de Murcia, otra de Tres Villas y la de cazadores de Celaya. Habiendo regresado el señor jefe á su casa, acompañado de toda la oficialiadad, desfiló la tropa á su presencia, y se sirvió después un decente refresco.

A las cuatro y media de la tarde, formaron en la plaza por orden de antigüedad los cuerpos del ejército que se hallaban presentes. En el medio se puso una mesa con un Santo Cristo, y al lado derecho

se colocó la bandera del regimiento de Celaya, escoltada por la compañia de cazadores del mismo cuerpo.

Se presentó á caballo el señor general con su estado mayor, y á su vista hizo la tropa el juramento bajo la fórmula espresada en manos del mayor de órdenes, teniente coronel graduado don Francisco Manuel Hidalgo y del padre capellán.

Desfilaron los cuerpos pasando debajo de la bandera, y volvieron á tomar su posición.

Entonces el señor general, puesto al frente del ejército, dijo con voz entera y animada:

«Soldados: habéis jurado observar la religión católica, apostólica romana, hacer la independencia de esta América; protejer la unión de españoles, europeos y americanos, y prestaros obedientes al rey, *bajo las condiciones puestas.*

«Nuestro sagrado empeño será celebrado por las naciones ilustradas, vuestros servicios serán reconocidos por nuestros conciudadanos, y vuestros nombres colocados en el templo de la inmortalidad.

«Ayer no he querido admitir la investidura de teniente general, y hoy renuncio esta divisa. (1).

« La clase de compañero vuestro, llena todos los vacíos de mi ambición. Vuestra disciplina y vuestro valor me inspiran el más noble orgullo.

«Juro no abandonaros en la empresa que hemos abrazado; y mi sangre, si necesario fuere, sellará mi eterna felicidad.»

El ejército respondió con vivas y aclamaciones á su primer jefe, que no cesaron mientras que á su presencia desfilaban los cuerpos para retirarse á sus cuarteles.

El señor general acompañado de su estado mayor, se retiró también á su casa, donde se hallaba el resto de la oficialidad.

Allí se renovaron las enhorabuenas con expresiones que dictaba el entusiasmo, y se acordó que se estendiese esta relación y se conservase en el archivo.

Por lo demás, todo fué júbilo y regocijo en este memorable día.

En la plaza, en la calle, en los cuarteles, no se oían sino músicas, dianas y continuos vivas.

El regimiento de Celaya previno dos marchas que tocaron y cantaron primorosamente, la una dedicada al señor Iturbide, su antiguo coronel, y la otra á la unión de americanos y europeos.

De las diez de la noche en adelante, comenzó á reinar el más profundo sosiego.

Todos se retiraron á sus cuarteles y alojamientos, sin que se hubiese notado el menor desorden.—*Agustin Bustillos.*

---

(1) Los galones de coronel que con las vueltas de las mangas de la casaca, arrancó al proferir estas palabras, y echó al suelo! Raro ejemplo de moderación!...

III.

!La *independennia* estaba consumada!

Desde aquel día comenzaba á surgir una nueva era en la existencia política de la nación; pero el plan de Iguala sería más tarde el gérmen terrible de la anarquía; porque enseñaba una promesa, consignaba un derecho hasta cierto punto á las casas reinantes de Europa, á quienes reservaba el trono de México.

Pudo pasar entonces como un juego de la política esa reserva; nadie pensó ni por un momento en esos artículos, sino en la idea de la independencia absoluta de la Metrópoli.

El instinto del pueblo, su deseo por la libertad, salvaban aquella situación comprometida; la revolución convergería hacia su cauce natural; no había temor de que se pronunciase la opinión en favor de los reyes católicos; la presencia de Guerrero y otros jefes notables de la insurrección, garantizaba el principio regenerador de la América, la independencia.

Medio siglo vivió en el polvo de los archivos *el plan de Iguala*, hasta que las bayonetas francesas lo sacaron de su olvido por traer al infortunado Archiduque de Austria al trono... más tarde las hojas destrozadas de ese plan, cayeron en girones sobre la sangre que salpicó las rocas del *Cerro de las Campanas*.

IV.

Luego que la ciudad entró en el silencio del sueño, el comandante Jacinto Castaños que había presenciado las sesiones celebradas por los jefes del ejército de Iturbide, montó en su caballo y abandonó la población.

Solo en aquellas montañas, sentía el soplo de la muerte sobre su existencia.

—El momento se aproxima, decía delirante, los pies se me hunden en la tierra de la tumba... quedamos dos de aquella raza maldita, ¿quién entrará primero en el sepulcro?... temía que este hombre aborrecido muriese de la pesadumbre... acaso me engañe... ¿cómo vendrá la última esmeralda á mi poder?... yo me abismo en estos lúgubres pensamientos... vamos por la pendiente resbaladiza del destino... ¿qué será de mí?... nunca como ahora he pensado en mi padre .. hace algunas noches que aparece ensangrentado en medio de mis sueños... viene á pedirme cuenta de su vida... yo le arrebaté sus últimas horas... ¿y para qué tanto crimen?... este hombre desleal ha vendido al rey y nos entrega al rencor de los insurgentes... al luchar contra ellos defendía mi existencia... ¡este secreto me ha quemado el corazón!... ¡yo he sido el genio de la destrucción y de la muerte!... ¡aun me sobra aliento!... yo me hundiré con las últimas víctimas, saciaré mi encono y entraré satisfecho en la tumba... creen los traidores que doblaremos la cerviz humildes y resignados, y ¡vive Dios que se engañan!... grande es el país, inespugnables las montañas y fuerte nuestro aliento... entramos en un duelo á muerte!... ¡el todo por el todo! yo avisaré á los incautos que ese plan es una red de engaño, qué se conspira contra el rey, que la independencia de México está escondita tras esos artículos insidiosos!.. pero yo estoy cansado de luchar... siento que el espíritu desfallece, que mi alma decae como los árboles al soplo primero del invierno... la fatalidad me lleva por la mano... cerremos los ojos y entreguémonos al destino.

Aquel desdichado entró en la noche del fatalismo como una de tantas víctimas á quienes arrastran las olas turbulentas de la predestinación.

CAPITULO XI.

De lo qué pasó en la cuesta del Cerro de Barrabás.

I.

Convencido el general Guerrero de las intenciones de Iturbide sobre la independencia mexicana, marchó lleno de entusiasmo á las costas del Pácifico, para organizar su ejército y emprender esos movimientos atrevidos que le dieron el nombre de soldado.

Iturbide se encontraba en una situación verdaderamente difícil: su previsión había hecho reunir á multitud de fuerzas bajo su mando, pero al dar el grito de libertad, se encontraba sin recursos, y la miseria sería el elemento destructor de su ejército.

Iturbide estaba profundamente inquieto, veía peligrar su gran movimiento revolucionario y derrumbarse la inmensa gloria que había levantado con un solo rasgo de patriotismo.

El alojamiento del jefe de las Tres Garantías estaba lleno no solo de oficiales, sino de multitud de personas que acudían á Iguala á tomar parte en la revolución.

Hablábase con entusiasmo de la independencia, se hacían apuestas sobre distinguirse en las batallas, y *sotto voce* se murmuraba sobre aquello de la venida de Fernando VII á México, creyéndolo una conseja que más bien provocaba la hilaridad.

Iturbide acababa de despachar su correspondencia que era voluminosa, había escrito al Virrey, á las Córtes de Madrid, y á las personas más influentes de México y España, comunicándoles su plan de independencia.

Esas cartas las conserva la historia como cabeza de proceso de Iturbide, sobre sus intenciones de mantener al país bajo la dominación de los reyes de España, y como una acusación sobre el odio que profesó siempre á los hombres de 1810.

Los acontecimientos se encargarían más tarde de romper el velo de las conjeturas y poner la luz de la verdad resplandeciente en el mundo de las nacionalidades.

Decíamos que aquel hombre singular se paseaba inquieto por su aposento, meditando sobre aquella idea gigante que llenaba su cerebro.

—Hemos llegado, decía, al punto más difícil de esta cuestión que afecta el porvenir del país en su moralidad, tal es la de proporcionarnos recursos para la subsistencia del ejército.

—Señor general, dijo el secretario, si usted me permite le indicaré un medio, sin lisongearme de haber acertado...